

## IDENTIDAD CON CRISTO MODELANDO NUESTRAS VIDAS SOBRE RB 72<sup>2</sup>

El capítulo 72 de la *Regla* termina con esta hermosa frase: “Nada absolutamente antepongan a Cristo, el cual nos lleve a todos juntamente a la vida eterna”. Esas son, muy probablemente, las últimas palabras de la *Regla* escritas por Benito, ya que, como ustedes saben, el capítulo 73, que es el último capítulo de la *Regla* en su forma actual, fue escrito antes, y la *Regla* concluía después del capítulo 66. Más tarde Benito agregó los capítulos 67 a 72. (Volveremos sobre estos capítulos en la segunda conferencia).

Cito este breve versículo de la *Regla* ahora, porque expresa la centralidad de Cristo en la vida del hermano o la hermana benedictina y, al mismo tiempo, acentúa el hecho de que no anteponer nada a Cristo significa seguirlo en un camino que nos llevará a la vida eterna, y a todos juntamente –que parece ser la mejor traducción de *pariter*–, ya que somos cenobitas.

Por tanto, cuando hablamos de nuestra “identidad con Cristo”, esa identidad no se debe entender de manera estática, simplemente en el sentido de llegar a ser cada vez más “semejantes a Cristo” imitándolo en todo lo que hacemos. Tampoco debemos entenderlo simplemente en el sentido de que Él es el Primogénito, y nosotros estamos llamados todos a compartir su naturaleza divina, lo cual, por supuesto, es verdad y es importante. Debe ser comprendida en primer lugar de una manera dinámica, como **seguimiento** en su propio camino, que nos conduce a la meta a la que él se dirige.

Cristo no es él mismo nuestro fin. Él es el Camino. Es nuestro

<sup>1</sup> Abad de la Abadía N. D. de Scourmont, Bélgica.

<sup>2</sup> Esta es la primera de dos charlas dadas a la *Conferencia de Abades y Prioras Benedictinos* en el *Mercy Center*, Burlingame, California, en febrero 2-6 de 2007. Publicada en inglés en *Cistercian Studies Quarterly* 45 (2010) 13-25 y en francés en *Collectanea Cisterciensia* 70 (2008) 176-188.



guía en nuestro camino a la vida eterna, es decir, al Padre. Sin querer ser provocativo me atrevería a decir que a veces Cristo ha tomado un lugar demasiado grande en nuestra Cristología. En el Evangelio, Él mismo no es el corazón de su enseñanza. ¡Es el Padre! Especialmente en el Evangelio de san Marcos, Jesús no enseña sobre sí mismo. No se proclama a sí mismo. Él proclama el Reino de Dios y habla acerca de Dios. Habla acerca de su Padre.

El centro de la enseñanza de Jesús se debe buscar en las parábolas, y la mayoría de las parábolas se refieren al Padre. Jesús quiere enseñarnos qué tipo de padre es Dios. Por supuesto, la gran paradoja —o más bien la gran ironía— es que la mayoría de las veces nosotros leemos las parábolas como si hablaran de nosotros (lo que es una manifestación de hasta qué punto podemos ser egocéntricos). Leemos las parábolas para encontrar en ellas alguna enseñanza moral que nos diga cómo tenemos que actuar. En la parábola del hijo pródigo, por ejemplo, no se trata en primer lugar del regreso a Dios después de nuestros pecados —aunque ese mensaje esté implícito, como una consecuencia—; la parábola trata del amor y la misericordia de Dios hacia nosotros. Podríamos decir lo mismo de la mayoría de las demás parábolas.

En el Nuevo Testamento Jesús está siempre en camino. El primero y fundamental aspecto de este camino es que Él viene del Padre y retorna al Padre. Este camino paradigmático es descrito de manera muy majestuosa en el himno cristológico de *Filipenses 2*: *El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz...* Este fue el movimiento descendente... Luego viene el ascendente: *Por lo cual* (y estas palabras son muy importantes) *Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre* —es el nombre por excelencia, el nombre de Señor o Yahvé— *para que toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor...*

La identidad de Cristo es inseparable de su misión. En Él la identidad y la misión son una y la misma cosa. Este himno cristológico de *Filipenses 2*, como también *Efesios 1-2*, nos da una visión teológica grandiosa de ese Misterio. Sin embargo Jesús, en su psiquismo humano, sólo gradualmente descubrió su identidad, y enfrentó grandes tentaciones en cada etapa de ese descubrimiento.

Ya a la edad de 12 años, “se escapó” de su madre y su padre para ocuparse de los asuntos de su Padre; pero su Hora no había llegado. Él volvió a Nazareth y permaneció obediente a ellos, mientras crecía en edad y sabiduría delante de Dios y de los hombres. Luego se produjo el punto decisivo en su vida, cuando dejó su Galilea nativa para ir a Judea y muy

probablemente hacerse discípulo de Juan el Bautista (este parece ser el significado de las palabras de Juan: *uno que viene detrás de mí* —es decir, alguien que me sigue, esto es, uno de mis discípulos— *es mayor que yo* [Jn 1,15]); (... *traducción: origen de la vida monástica*). Y en el momento en que es bautizado, oye la voz del Padre: *Tú eres mi hijo muy amado*. Él debe integrar esta revelación en su psiquismo humano, y luego va al desierto, donde va a enfrentar la tentación que todo ser humano enfrenta cada vez que él o ella se ven confrontados con un momento importante de crecimiento. Las tentaciones que enfrenta Jesús son invitaciones a ceder a muchas identificaciones o falsas identidades, antes que aceptar su real identidad de Hijo de Dios. Él tiene, como cualquiera de nosotros, que renunciar al placer, el poder y la fama. Entonces puede volver a Galilea y estar totalmente identificado con su misión. Habrá otros puntos decisivos y luego momentos de tentación, como, por ejemplo, cuando las multitudes quieren hacerlo rey, es decir, un Mesías de acuerdo con sus expectativas. Nuevamente, entonces, él se escapa a la soledad de la montaña para rezar. Y cuando comprende que es evidente que pronto va a morir, va nuevamente a la montaña —la montaña de la transfiguración— donde habla con Moisés y Elías (Lc 9,30-31) acerca de su muerte, y su filiación divina es reafirmada por su Padre.

La cuestión de su identidad fue tan importante para Cristo como lo es para cualquier ser humano. Cuando él pregunta a sus discípulos: *¿Quién dice la gente que soy yo?*, y luego, *¿quién dicen ustedes que soy yo?* —para ustedes ¿quién soy?— (Mc 8,27. 29), no se trata de una pregunta retórica usada con fines pedagógicos. Era una pregunta importante para él, una pregunta vital. En ese momento él ya sabía que iba a morir pronto. Desde una perspectiva humana su misión podía considerarse un fracaso. Él quería —y necesitaba— conocer si iba a permanecer vivo en la memoria de sus discípulos y si ellos serían capaces de continuar su misión (= su identidad).

Por medio de la Encarnación, Dios no llegó simplemente a ser hombre en Jesús. Él llegó a ser humano, asumió nuestra humanidad. En Él todo el género humano retornó al Padre. Hasta tal punto que él es nuestra identidad más profunda. Él es la plenitud del “sí mismo” (*self*). Nosotros llegamos a ser nosotros mismos en la medida en que asumimos nuestra identidad crística —es decir, en la medida en que sobrepasamos todas nuestras falsas identidades o nuestras identificaciones superficiales para alcanzar el nivel más profundo de nuestro ser, allí donde nuestro propio ser brota del Ser (con S mayúscula).

He mencionado, al comienzo, que Cristo no se proclamaba a sí mismo, él proclamaba al Padre. En ciertos momentos, sin embargo, reveló ciertos aspectos de su propia identidad, por ejemplo cuando dijo: *Yo soy*

*el Camino, la Verdad y la Vida* (Jn 14,6), o también cuando le dijo a Marta: *Yo soy la resurrección y la vida* (Jn 11,25). Pero solamente al final de su vida dice una o dos veces: *Yo soy* (sin ninguna calificación) —por ejemplo cuando dijo: *Antes de que Abraham existiera, yo soy* (Jn 8,58)—; o, más significativamente cuando, interrogado muy explícitamente por el Sumo Sacerdote, en el momento de su Pasión: *¿Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios?*, Él respondió *Yo soy* (Mc 14,61-62). Para entonces, había sido abandonado por todos e iba a morir. Todo lo que no era su identidad más profunda de Hijo de Dios había sido apartado de Él.

Este fue Su Camino. Y cada vez que en el Evangelio le dice a alguien: *Ven y sígueme*, Él lo está llamando a seguirlo en este Camino. Esto está muy claro, especialmente en el llamado al joven rico. En ese momento Jesús va caminando hacia Jerusalén, y ya ha anunciado que va a ser muerto. Esto tiene que ser tenido en cuenta cuando queremos entender el sentido pleno de su llamado: *Ve, vende todo lo que tienes... luego ven y sígueme* (Mc 10,21).

Ahora bien, cuando seguimos a alguien, no vemos su rostro. Lo vemos de espaldas. Como Moisés, que no podía ver la gloria de Dios, sino de espaldas. Los que están llamados a seguir a Cristo no están llamados simplemente a sentarse frente a él, admirar su rostro y beber sus palabras. Cuando nosotros *seguimos* a Cristo, vemos sus hombros, no su rostro (no lo vemos todavía cara a cara). Los hombros que vemos son los hombros que llevaron la oveja perdida, y también los hombros que llevaron la Cruz.

Éste es también el significado de nuestro camino monástico, y especialmente de nuestra conversión monástica. En primer lugar, conversión significa descubrir nuestra verdadera identidad. En este sentido, el camino de Jesús puede ser considerado el paradigma de la verdadera conversión (que no es en primer lugar un paso del pecado a la virtud sino un paso a través de varias fases de crecimiento).

La conversión que Jesús pide a sus discípulos no es simplemente una modificación superficial de su conducta moral. Implica mucho más que el reemplazo de un “ego” personal por otro, más respetable o más conforme con las exigencias o las expectativas de la sociedad. Ella requiere una transformación global y radical que alcance a todas las dimensiones del ser humano, “espíritu, alma y cuerpo”, para utilizar las categorías de la antropología de san Pablo (cf. 1 Ts 5,23)<sup>3</sup>.

<sup>3</sup> En algunos párrafos que siguen repito lo que dije en una conferencia dada en la *American Benedictine Academy* en 1984 y publicada en *The American Benedictine Review* (37:1, marzo 1986, 34-45). El texto completo de esta conferencia se puede encontrar en la *Web* en la siguiente dirección : <http://users.skynet.be/bs775533/Armand/wri/conversion.html>.

Por supuesto, tal conversión debe ser, en primer lugar, una conversión del corazón, la fuente de todo lo que es bueno o malo en la existencia humana. Ezequiel ha descrito en hermosos y poéticos términos la conversión que sería la característica del nuevo Reino: *Les daré un corazón nuevo y pondré en ellos un espíritu nuevo, quitaré de sus cuerpos el corazón de piedra y lo reemplazaré con un corazón de carne* (Ez 11,19). El camino a la conversión es en primer lugar un camino interior en los repliegues del corazón, hacia el descubrimiento de nuestro verdadero “yo”, es decir, la persona que estamos llamados a ser por Dios, la única imagen o palabra de Dios —el francés dice: la única imagen del Verbo de Dios— que somos, el nombre que nos ha sido dado.

En esas profundidades de nosotros mismos, podemos llegar a tocar zonas desconocidas para nosotros, tierras de fantasmas, no familiares, donde somos extraños. Podemos llegar a ser nómades en nuestro propio mundo. La primera realidad que vamos a encontrar allí será nuestro ego con todos sus límites. Cuando nos aventuramos a viajar hacia nuestro propio mundo interior, tenemos que estar dispuestos a vernos confrontados con el miedo y la confusión, con la tentación.

Tal es la experiencia del desierto al comienzo de todo gran camino espiritual. Después de su bautismo, Jesús comenzó un nuevo período de su vida por un camino hacia la soledad, como he mencionado antes. Fue la experiencia del profeta Elías, pasando por la conciencia de su propia pobreza, sus temores y sus debilidades, en el desierto, antes de su encuentro con la gloria de Dios en el Monte Horeb. Fue también la experiencia de Pablo, que pasó algunos años misteriosos en el desierto de Arabia después de su encuentro con Cristo en el camino de Damasco. Y miles de mujeres y hombres, desde los primeros días de la vida monástica en Siria y Egipto hasta nuestros días, han ido al desierto precisamente para vivir esta experiencia.

Este camino de transformación puede comenzar por una experiencia muy profunda, que incluso nos trastorna, como la de Jesús en el momento de su bautismo, o la de Pablo en la vía de Damasco, o la de Elías en el camino al Monte Horeb. Sin embargo, la mayoría de nosotros nos embarcaremos casi imperceptiblemente para este viaje, no después de una experiencia mística radical, sino simplemente, gradualmente, a medida que avanzamos en la vida: pasando de éxito en derrota, haciendo la experiencia de un fracaso en nuestra carrera universitaria, en nuestras amistades, en nuestra vida moral, y gustando la frustración creciente de los sueños no cumplidos cuando comenzamos a contar el número de nuestros años por las marcas que han dejado en nuestros cuerpos. Todas estas cosas pueden parecer al comienzo superficiales pero nos tocan profundamente, y si las aceptamos honestamente, nos ponen en contacto con

nuestras limitaciones más profundas, con nuestra condición pecadora y con todos los ídolos que hemos adorado secretamente. Y este es el primer paso en el sendero de la conversión del corazón.

Cuando los Padres del Desierto describían sus luchas con bestias rugientes, serpientes viscosas y demonios gesticulantes (o con mujeres seductoras), simplemente están describiendo los distintos aspectos de su propio corazón que la experiencia del desierto les ha hecho descubrir. Esto es lo que Jung llama nuestro “yo sombra”, la parte inaceptable de nuestra personalidad con la cual nos encontramos ahora cara a cara.

Tal experiencia de nuestra condición pecadora, ¿no es un descubrimiento reservado a los comienzos de nuestro noviciado! Ella puede ser el descubrimiento súbito o progresivo, después de muchos años de oración y de fidelidad al servicio de Dios, cuando surgen en nuestro corazón fuertes y persistentes dudas acerca de Dios y de nuestra vocación; se inflaman pasiones intensas, se debilitan sentidos y verdades, abundan los interrogantes sin que aparezca ninguna respuesta. Nuevos géneros de oscuridad y de esterilidad pueden alcanzarnos profundamente. Estas no son las pequeñas y encantadoras oscuridades y arideces de los primeros años, que nos hacían sentir seguros porque nos convencían un tanto de que estábamos progresando hacia los estados más elevados de la vida espiritual descritos por Juan de la Cruz. Estábamos un poco orgullosos de esa oscuridad y aridez. Las nuevas formas son terribles. El amor de Dios que entonces nos sostenía y nos motivaba parece ahora esquivo e ilusorio.

Cuando Jesús trataba de describir la realidad de la conversión, usaba imágenes que no eran imágenes de una transformación suave y progresiva, sino imágenes que reflejaban los dos acontecimientos más traumáticos de la vida humana: el nacimiento y la muerte. Él sabía, mejor que ningún otro, que la plenitud de vida no se puede alcanzar sin atravesar el río de la muerte.

A Nicodemo (Jn 3,5-6) le dice: *En verdad, en verdad te digo: el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu es espíritu.* Pero más tarde describió la condición para tal vida: *En verdad, en verdad les digo, si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere da mucho fruto* (Jn 12,24-25).

En la oscuridad de nuestra noche, deseando comprender qué está sucediendo, vamos al Maestro para un consejo o una palabra de consuelo: su respuesta será probablemente tan enigmática para nosotros como para el pobre Nicodemo.

Muy a menudo la entrada en la vida monástica es considerada como “la conversión” (o “la segunda conversión” que sigue a la del bautismo). El resto de nuestra vida se supone que es un suave, aunque no siem-

pre fácil, crecimiento, desarrollo y fiel perseverancia. Nuestro voto de *conversatio morum* se comprende como el compromiso de no detenernos en nuestro camino, recto y apacible, hacia la perfección. Además, hoy tenemos tendencia a privilegiar las “conversiones instantáneas”, experiencias místicas súbitas y transformantes. El peligro es que tales conversiones pueden ser simples cambios de conducta, el cambio de un “ego” por otro “ego”.

En cualquier caso, aún la más extraordinaria experiencia de Dios es generalmente sólo el primer paso de un largo camino hacia la conversión, y no exime a la persona de entrar en el desierto de su propio corazón y de recorrerlo, a menudo durante años, como el pueblo de Israel en el desierto. Es con este espíritu como los primeros monjes fueron al desierto, para entrar en contacto con su propio corazón y encontrar en ese campo de batalla a las fuerzas del mal y vencerlas siguiendo el ejemplo de Cristo, con su gracia, para así apresurar la venida del fin de los tiempos.

Todas las riquezas, las dolorosas riquezas de tal experiencia humana de conversión, se pueden perder cuando se pone un acento indebido en las experiencias místicas extraordinarias, en un entusiasmo carismático falto de realidad, o cuando las prácticas ascéticas sustituyen la plenitud de vida a la que estamos llamados. La ascesis es necesaria e indispensable, pero ella puede también ser una cómoda excusa para escapar al doloroso proceso del crecimiento. Ella puede ser un medio cómodo para eximirnos del doloroso proceso de aprender a prestar atención, a escuchar, a vivir, a amar, en otros términos, a llegar “gradualmente” a la plenitud de la perfección.

Paradójicamente, tratar de mirar fuera de nosotros mismos e intentar vivir según ideales y expectativas exteriores puede impedir la auténtica conversión de la que hablamos. Y temo que muy a menudo nuestra formación monástica haga precisamente eso. En lugar de conducir a las personas a una conversión difícil, las invitamos a superponer un flamante nuevo ego sobre el antiguo. Cuando las personas tratan de encontrar el fundamento de su identidad simplemente haciendo cosas y viviendo en función de sus roles en la sociedad o las expectativas de la comunidad, ellas fomentan inconscientemente un falso yo. Ideales muy buenos en sí mismos, como ser un buen novicio, un buen abad, una buena priora, un buen maestro o un buen pastor, pueden convertirse en obstáculos para una más profunda conversión. Nosotros somos a menudo demasiado temerosos para abandonar nuestras propias creaciones y permitir que Dios nos toque y dé nacimiento a nuestro verdadero yo.

Si continuamos valerosamente nuestro camino a través del desierto de nuestro corazón, de alguna manera terminaremos por alcanzar el suelo de nuestro ser, allí donde brota del Ser, donde nuestro propio yo es uno con el Uno que es la plenitud del Yo, de modo que podemos decir con Pablo: *No soy yo el que vive, Él vive en mí*. La conversión nos condu-

ce a una imagen renovada de nosotros mismos, de Dios y de los que nos rodean. O más bien, ella nos permite ir más allá de las imágenes y trascender, en esa bendita simplicidad, que es el fin último de la vida monástica, todo lo que nos retiene lejos de nosotros mismos, de Dios y de nuestros hermanos.

Por eso la conversión monástica implica la renuncia gradual a todas nuestras falsas identidades o identificaciones, creciendo fuera de ellas. *Identificación* es el proceso que lleva a identificarse con algo o alguien *fuera* de nosotros, la *identidad* es la esencia de lo que somos. Una forma de “imitación de Cristo” que trata *simplemente* de hacer lo que pensamos que él hubiera hecho en nuestra situación, permanece al nivel de la identificación.

Sabemos como un niño se identifica normalmente con su padre o madre, como un adolescente se identifica con una estrella del deporte o del cine, o simplemente con un adulto a quien admira, que puede ser un profesor. Más tarde el joven se identificará con lo que hace y logra o con lo que adquiere y posee; con la mujer joven sucede lo mismo o bien ella se identificará con sus conquistas afectivas. Pero cuando alguien llega a ser realmente adulto —lo cual no es simplemente una cuestión de número de años—, esa persona va a descubrir y realizar su identidad: quién es ella —o quién es él— independientemente de todos los egos superficiales y de todas las imágenes que ella tiene o que otros tienen de ella. Ella es la persona que posee algunos talentos y no posee otros, que tiene cosas y puede perderlas, que tiene éxitos y fracasos, y que permanece siempre la misma persona a través de todas las crisis de la vida, mientras llega a ser, cada vez más, ella misma.

Este proceso para llegar a ser un adulto y una persona autónoma, tanto en el plano humano como en el espiritual, está muy bien expresado en una serie de parábolas tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.

En el Antiguo Testamento tenemos la historia de Job. Job tiene todo aquello en lo que la gente encuentra normalmente su identidad psicológica, social y espiritual. Es un hombre bueno, tiene una buena reputación en el pueblo de Dios, tiene una esposa y muchos hijos (siete hijos y tres hijas), numerosas posesiones, campos, camellos, ganado lanar, bueyes, también servidores varones y mujeres para cuidar de todas estas posesiones. Goza de una buena salud y tiene buenos amigos.

Él pierde todo eso, incluso la armonía con su esposa y sus amigos y su salud. Entonces hace el maravilloso descubrimiento de que, aún después de haber perdido todo, él *es*. Él existe. Es el mismo Job que tenía todas esas cosas y las ha perdido. El Job que ahora no tiene nada es la misma persona que era un hombre rico, poderoso e influyente. No teniendo ya nada que perder, es libre. Por eso puede estar de pie delante de Dios y hablarle con mucha fuerza. Nadie en la Biblia le habla de esta

manera a Dios. No es arrogancia, es *parrhesia* –confianza y libertad–, la libertad de aquellos que no tienen nada que perder. Al final él podrá no recuperar lo que ha perdido, pero sí adquirir de nuevo riquezas similares (lo perdido, perdido está). Esto no cambiará su identidad. Él es libre.

En el Nuevo Testamento se describe el mismo proceso de crecimiento en una de las parábolas de Jesús, la del hijo pródigo (mejor llamada la parábola del Padre pródigo). Tenemos allí una familia cuya vida parece ser feliz y sin historia. Es una familia acomodada, ya que hay una fortuna a dividir entre los hijos: hay campos, ganado y servidores. Evidentemente hay una madre y probablemente hermanas (aunque no se las menciona) y finalmente un hermano. Lo que la parábola quiere mostrar es la diferente actitud de tres de los personajes.

Uno de los hijos está harto de esta tranquila vida familiar, aunque ésta parece haber sido armoniosa, holgada y agradable. Él quiere vivir su propia vida. La vida que comparte con su padre, su hermano y el resto de la familia ya no lo satisface. Él necesita una realización personal. Quiere ser alguien y gozar de la vida. Quiere existir como individuo independiente y aislado y no como miembro de un todo. (Algo que oímos en nuestras comunidades, a veces).

¿Qué hace el padre? No expresa ninguna objeción. Sin duda él ha cometido sus propios errores durante su juventud y reconoce el derecho de su hijo a cometer los suyos propios. Lo que le importa es que su hijo tenga vida. Las condiciones en las que va a realizar su vida son importantes pero secundarias. El hijo pródigo gusta entonces todos los placeres de la vida. Son placeres reales, pero en el nivel superficial de la existencia. Poco a poco él malgasta todo lo que tiene y, en realidad, hace la misma experiencia de perderlo todo que había hecho Job. La única diferencia es que él se la inflige a sí mismo mientras que a Job le había sido impuesta por el Tentador. Entonces, vuelve sobre sí mismo, por tanto él ha encontrado su identidad en este camino. Se ha encontrado a sí mismo en su propio camino. Había en el pasado alguien que vivía con su padre, y que dejó a su padre, que tenía una fortuna que malgastó, que gozó de los placeres de la vida que ya no puede proporcionarse. Esta persona es capaz de conversión y de volver a su Padre. Es suficientemente libre para regresar. No teme ser desheredado, dado que ya ha recibido su herencia y la ha malgastado. No teme ser rechazado como hijo, puesto que no reivindica el derecho de ser considerado un hijo. Simplemente desea ser un servidor (esta palabra es quizás la más importante de la parábola). Y cuando el padre lo ve venir corre hacia él y lo abraza porque su hijo está vivo. El padre no ve al hijo ingrato, no ve al fugitivo, no ve al persona disoluta. Él ve a su hijo que está **vivo** y quiere celebrar la vida con su familia y sus servidores.

No todos son capaces de celebrar la vida, especialmente la vida en

los otros. El segundo hijo es la figura más patética de la parábola. Es como el buen cristiano, o el buen religioso, siempre fiel a todas sus obligaciones, pero que no ha entendido el sentido de la vida, y sobre todo no ha entendido nada del amor y la misericordia. Él es incapaz de celebrar. De hecho, no tiene nada que celebrar. Cuando vuelve del campo y oye la música y la danza, pregunta cuál es el sentido de esa música y esas danzas. Este pobre hombre, con toda su virtud y toda su observancia, no ha hecho el camino hacia la madurez y la vida adulta que ha recorrido su hermano.

Vayamos ahora a la historia del joven rico. Él le pregunta a Jesús qué debe hacer para obtener la vida eterna. Su objetivo ciertamente es bueno –la vida eterna. Él está muy preocupado por el “hacer”. Pregunta qué tiene que hacer; y cuando Jesús le cita algunos de los mandamientos del Decálogo, dice que ya ha hecho todo eso desde su juventud. Entonces Jesús lo invita a deshacerse de todo, a venir y seguirlo. En realidad Jesús lo invita a hacer, voluntaria y libremente, el abandono de todas las cosas que le fue impuesto a Job por las circunstancias y que el hijo pródigo se impuso a sí mismo. Él es incapaz de hacerlo. No es libre. No ha llegado a ser adulto.

Este es el proceso que se describe a través de toda la *Regla* de Benito y que encuentra su realización –cuando es vivida en una comunidad cenobítica–, en lo que Benito describe en su capítulo 72, de lo que hablaremos más explícitamente en la segunda conferencia.

Encontramos también allí una enseñanza importante sobre la maternidad o la paternidad espiritual y sobre la formación. La formación consiste en ayudar a alguien a adquirir muy pronto en su vida monástica una clara identidad personal, que luego se irá gradualmente transformando o convirtiendo durante el resto de su vida. Cuando alguien ha adquirido esta identidad, sabe quién es delante de Dios, y no depende del aprecio de la gente, de la imagen que otros tienen de él, del aprecio de sus superiores o de otros miembros de la comunidad.

A fin de comprender bien este capítulo 72, a la luz de nuestra identidad con Cristo, tenemos que considerar otro aspecto de la identidad de Cristo.

Nosotros queremos identificarnos con Cristo. ¡Éste es ciertamente un noble deseo! Pero quizás sería más importante preguntarnos a nosotros mismos, “con quién quiere identificarse Cristo”. La respuesta es muy evidente en *Mateo* 25. Cristo se identifica con los pequeños, los necesitados, los oprimidos. *Estuve enfermo, estuve hambriento, estuve en la cárcel, fui perseguido... Lo que hicieron a los más pequeños, a mí me lo hicieron.* Cuando pertenecemos, de un modo u otro, a una de estas categorías, entonces podemos estar seguros de que Cristo se identifica con nosotros.

También *Efesios* 1-2 debe ser leído en este contexto. La identidad con Cristo no es simplemente algo estático para admirar o agradecer. Es

algo que hay que llevar a cabo siguiendo a Cristo en su Misterio Pascual. Pablo, que escribía esto a los efesios, sabía muy bien de lo que estaba hablando, porque esta identidad de Cristo con los pequeños le había sido revelada en el camino de Damasco: *Señor ¿quién eres?* Y la respuesta fue: *Yo soy aquel a quien tú persigues (Hch 9,5)*. Esta revelación de que Cristo se identifica con los perseguidos cambió la vida de Pablo, y de manera radical. Hasta esa época, Pablo era una persona privilegiada. Había estudiado con los mejores maestros, tenía una buena posición en el pueblo judío, tenía lo que parecía una clara identidad. Después de su encuentro con Jesús sobre la ruta de Damasco, él será un judío errante, rechazado por casi todos. No pertenecerá jamás a una comunidad local, aunque fundó muchas y sostuvo muchas más con su enseñanza. La única cosa importante era entonces su identidad con Cristo.

Yo quisiera reflexionar todavía sobre otro aspecto del camino de Jesús –desde su Padre y hacia su Padre–: es su paso a través de los infiernos. Es uno de los símbolos de la fe más primitivos. Se dice que Cristo, después de su muerte y antes de su resurrección, descendió al abismo del infierno. La interpretación más común, en la tradición latina, es que fue a visitar a todos los justos que estaban en el seno de Abraham y que esperaban que Jesús viniera y los llevara al cielo con él. Muchos de los primeros Padres Orientales tenían una interpretación algo diferente. Para ellos este descenso a los infiernos era un aspecto del anonadamiento de Jesús y del hecho de asumir todos los aspectos de nuestra humanidad. Era la *kénosis* más radical.

En la comprensión popular, podemos imaginar que Cristo tenía tres días para llenar u ocupar después de su muerte y antes de su resurrección. Entonces, descendió a visitar y consolar a aquellos que habían estado esperando durante mucho tiempo ser introducidos al cielo. Luego se levantó de la muerte –la resurrección se entiende como un volver a la vida aquí en la tierra–. Él pasó aquí otros cuarenta días para formar a sus discípulos antes de subir al cielo definitivamente. Esta, por supuesto, es una caricatura, pero no está muy alejada de la comprensión popular. Esta forma de entender toma la tierra como punto de referencia. Después de vivir unos treinta y tres años sobre la tierra, Cristo, después de su muerte, descendió a los infiernos; luego volvió a la tierra en una forma diferente y luego dejó la tierra por el cielo.

Para los Padres griegos, Cristo, por su obediencia hasta la muerte, alcanzó las profundidades del mal –de lo que es el mal– como una víctima de ese mal, y desde allí fue elevado por el Padre a las alturas del cielo. La Resurrección no es un regreso a la tierra sino un ir directamente al Padre desde las profundidades del sufrimiento y la humillación (cf. *Filipenses 2*). Las apariciones después de la Resurrección son entonces algo

periférico que sucede, en realidad, en los discípulos, más que en Cristo, que está con el Padre.

La razón por la que menciono esto es que podrá ser de alguna ayuda para entender lo que quiere decir Benito cuando habla, al comienzo de *RB 72*, de las dos formas de celo, uno que lleva al infierno y el otro que lleva a la vida eterna.

Este será el tema de nuestra próxima conferencia

*Abbaye N. D. de Scourmont*  
*B – 6464 Forges*  
*BÉLGICA*